

de Estrada, que dice que los señores belgas fueron insaciables: necesitaban toisones de oro, posiciones, honores; hubo quienes literalmente se vendieron, consistiendo el precio en dinero; ¡y en este número se hallan los más ilustres nombres de la patria! (1). Grato es añadir que el pueblo se pronunció por la causa del príncipe de Orange, es decir, por la causa de la independencia y de la libertad (2). Las provincias wallonas, que en un principio se habían lanzado con ardor al movimiento protestante, acabaron por plegarse al catolicismo; pero aún permaneciendo católico, el pueblo habría querido mantener la unión con las provincias protestantes (3). Era una inconsecuencia; pero esta inconsecuencia es admirable, comparada con la codicia y la ambición que inspiraban al clero y a la nobleza. ¡Que la historia de lo pasado sirva de lección a Bélgica en lo presente y en lo porvenir!

Como Belga, deploramos el desgarramiento de los Países-Bajos. Después de dos siglos, nuestras llagas sangran todavía y la marca de hierro que tan largo tiempo hemos llevado no se borrará tan pronto. ¿Hay, pues, que maldecir la revolución del siglo XVI porque es la causa de nuestra decadencia? El historiador debe elevarse por cima de los intereses de su patria para abrazar el conjunto de los destinos humanos. ¿Cuál era el objeto de la lucha que dividió a toda Europa en el siglo XVI, y que no acabó en el XVII sino después de la más hor-

(1) STRADA, *de bello belg.*, II, 150; BORGNET, *Philippe II*, páginas 137, 139.

Sirva de muestra el tratado por el cual entregó JORGE DE LALAING al príncipe de Parma las plazas cuya defensa le habían confiado los Estados:

«Se le dejarán los gobiernos de Frisia y del país de Overysel, y será confirmado en ellos por patentes del rey; se le dará una pensión de 1.000 florines sacada del dominio real de estas provincias.

«El rey erigirá en marquesado la tierra de Ville; y se hará de suerte que el rey lo comprenda en la primera promoción de caballeros del Toison de Oro.

«El príncipe de Parma le dará dos regimientos...

«Se le entregarán 20.000 escudos de oro tan luego como se haya concluido el tratado.»

(*Documents inédits concernant les troubles des Pays-Bas*, publicados por KERVYN y DIEGERICK, t. I, p. 44).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo V, 148 y siguientes.

(3) Las compañías comunales de Arras prendieron a los regidores de Arras que se habían mostrado contrarios a la unión del Artois con la Flandes (GACHARD, *Guillaume le Taciturne*, IV, 85). El ayuntamiento de Arras decidió por unanimidad que no tenía de ninguna manera la intención de separarse de la generalidad, ni de hacer una paz particular con perjuicio de las demás provincias. En Valenciennes, los miembros del primer orden votaron la sumisión al rey; el segundo miembro y la plebe no quisieron determinar nada antes de que se comunicase todo a los Estados generales (GROEN VAN PRINSTERER, t. VI, páginas 521, 523).

rible de las guerras? Tratábase de conquistar la libertad religiosa, es decir, el derecho de pensar libremente; y mientras no es libre el pensamiento, la libertad política no es más que un engaño. Así, de una parte la libertad, y de otra, la dominación de todos los viejos intereses coaligados contra la emancipación de la humanidad: tal era el fin de los combatientes. La revolución de las provincias belgas juega un gran papel en este glorioso debate. Un sabio holandés, entusiasta del protestantismo, y a quien estimamos por sus fervientes convicciones, dice que la revolución de los Países-Bajos salvó la libertad de conciencia (1). Y no es esto un sistema preconcebido; los hombres empeñados en la lucha, especialmente el más grande de todos, el príncipe de Orange, estaban animados de esta noble convicción: «Yo preveo claramente, dice Guillermo el Taciturno, que si este país es de nuevo sometido al yugo y a la tiranía de los Españoles, se resentirá extraordinariamente la religión en todas partes, y aún en términos, humanamente hablando, de ser desarraigado por siempre, sin que casi quede rastro», (2). Felipe II reprochó como un crimen al príncipe de Orange «el haber procurado la libertad de conciencia», y sus correligionarios le acusaron de ser demasiado indulgente con los católicos, de comprometer la salud de la patria con su excesiva moderación (3). Esta doble acusación es la gloria del héroe belga. Se pretende hoy rebajar la alta figura del Taciturno para convertirlo en un ambicioso de baja estofa; pero los que formulan este juicio acerca de uno de los héroes del siglo XVI no prueban más que una cosa, y es que no comprenden la grandeza. La ambición del príncipe de Orange era más levantada; quería la libertad religiosa para su patria; y conquistándola para un pequeño rincón de Europa, la conquistó para el mundo. El libertador de las Provincias Unidas tenía conciencia de su misión: «Hemos llevado, dice, desde hace algunos años una pesada carga para librar a estos Países-Bajos de la tiranía de los Españoles, y asegurar al propio tiempo a los países circunvecinos y aún a Alemania», (4). Idéntico tes-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo I, Prefacio, p. x (primera edición).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo IV, p. 388.

(3) *Apologie du prince d'Orange*, en DUMONT, *Corps diplomatique*, t. V, I, p. 306.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. V, p. XX.

timonio le rinden sus contemporáneos: «El príncipe de Orange, dice el landgrave de Hesse, nos ha salvado a los protestantes de Alemania», Walsingham, el célebre diplomático, confiesa que sin la lucha sostenida por el príncipe de Orange contra España, habría prendido el fuego en Inglaterra y comprometido la Reforma (1).

¿Cómo ha podido luchar un hombre contra el monarca de dos mundos y vencerlo? Guillermo de Orange tenía una confianza inquebrantable en la Providencia; esta fe le sostuvo en la más ruda de las empresas, y esta fe no engaña jamás al que persigue un santo fin. La historia puede afirmar sin presunción que Dios vino en ayuda de nuestros héroes antepasados y de su ilustre jefe. El mismo que amenazaba la libertad y la existencia de los Países-Bajos fué el instrumento providencial de su liberación: Felipe II tenía algo de universal en su ambición, como el catolicismo, cuyo campeón era; codiciaba el trono de Francia y perseguía la conquista de Inglaterra; pero abrazando al mundo entero en sus planes, desparramó su fuerza y se debilitó. Los aprestos formidables de la Armada habrían bastado para aterrar a los Belgas; y el dinero y la sangre derramadas en Francia por una ambición irrealizable habrían bastado para reconquistar las pocas provincias que combatían solas contra el señor de las Españas y de las Indias. Felipe II quería lo imposible, y el mismo principio que le hacía obrar le arrastraba a querer lo imposible: la unidad católica no existe cuando no es absoluta. Había llegado el tiempo en que debía romperse esta unidad, y Felipe II se hizo el defensor de un sistema religioso y político que destruye la independencia de las naciones y mata la libertad de pensar. Por eso fracasó el intento del rey omnipotente.

N.º 3.—Felipe II, el catolicismo y la Reforma.

La guerra contra la Casa de Austria es casi permanente en el siglo XVI; las paces que la interrumpen no son más que treguas, y durante las treguas mismas se prosiguen sordamente las hostilidades. Bajo Carlos V, la lucha fué en apariencia exclusivamente política: el rey de España tenía su ambición de emperador que le llevaba a engrandecerse y a dominar la cristiandad; y Francisco I es-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. VII, p. 517; t. IV, página 7.

taba enteramente entregado a un vago, pero poderoso, deseo de conquista. Mas bajo Felipe II, la guerra tomó un carácter religioso: era un duelo a muerte entre el catolicismo y el protestantismo. Mezclábanse intereses políticos con las pasiones religiosas, pero tenían que cubrirse con el manto de la fe para ser aceptables: la intervención de Felipe II en Francia, las conjuraciones que tramó en Inglaterra y que condujeron al armamento más formidable del siglo XVI no se comprenderían, y aún habrían sido imposibles, si Felipe no hubiera sido el defensor de la Iglesia. La ambición de Felipe como jefe de la Casa de Austria y la ambición del catolicismo se confundían; el catolicismo quería reconquistar por la fuerza el terreno que había perdido, y toda conquista que hacía la Iglesia se convertía en una conquista para el que era su brazo armado.

El papado encontró un rey a medida de su deseo. Vió desde el primer día de la Reforma que no se dominaría la revolución religiosa ni con discusiones ni con concilios, y apeló a la fuerza, que tan bien le sirvió en la Edad Media. Carlos V, con ser tan católico, no era, sin embargo, el hombre de la Iglesia: este defensor de la santa sede tomó a Roma por asalto y tuvo al papa prisionero; y este patrono de la fe católica decidía de la fe en las dietas de Alemania, sin cuidarse del vicario de Dios; dominaba en él la política a la religión. En su hijo, tanto por el carácter del príncipe como por las circunstancias, la religión dominaba a la política; y estaban a lo menos ligadas por un lazo tan íntimo, que era imposible separarlas. También estuvo Felipe II en guerra con el papado; mas no fué él quien la provocó, sino el carácter altivo de Paulo IV; y vencedor, el rey de España se humilló ante el vencido; desde entonces fué invariable el papel de Felipe II: campeón del catolicismo, intervino en todas partes donde había lucha entre la vieja religión y la Reforma.

No tuvo Felipe II ocasión de obrar por la fuerza en Alemania; y no fué porque en realidad hubiera cesado la lucha en la patria de Lutero; mas desde la paz de Augsburgo, las dos confesiones habían depuesto las armas. No era esta paz sino una tregua, pues llevó a la más horrible de las guerras religiosas, a la que durante treinta años desoló a Alemania. Un gran peligro parecía amenazar al catolicismo después de la muerte de Fer-

nando. Maximiliano, su hijo, educado durante el primer ardor del protestantismo, tenía sentimientos poco favorables á Roma; y se podía temer que, elevado al trono imperial, tomara abiertamente partido por la Reforma. El emperador continuó siendo católico; mas no era un católico muy celoso: otorgó á los nobles de Austria la libertad de conciencia que su padre les había tenazmente negado. Grande fué la consternación que esta medida provocó en Roma. Apresuróse el papa Pío V á enviar un legado extraordinario á Madrid; y aunque Felipe II, que acababa de perder á su mujer Isabel de Francia, algunos meses apenas después del fin trágico de su hijo don Carlos, era inaccesible á todo el mundo, recibió al enviado del santo padre, y le respondió "que sentía en verdad más dolor por la noticia que le traía que por la muerte del príncipe y de la reina, porque lo que tocaba á Dios y á la religión no podía compararse con una afección terrenal." Felipe escribió inmediatamente á Maximiliano en los términos más apremiantes: le suplicó y aun le intimó á que reflexionara en lo que exigían de él, así la posición en que Dios le había colocado como la dignidad imperial, cuyo principal deber consistía en defender la religión católica y la santa Iglesia romana, en perseguir y castigar á sus enemigos, no admitiendo que ningún interés político excusara el abandono de la religión: "Cuanto yo perdiera, dice, por sostener á Dios y su religión, lo tendría á honor y gloria." (1). No siguió Maximiliano los consejos fanáticos de su primo; mas á pesar del secreto favor que dispensaba á los protestantes, no tardó en manifestarse la reacción católica, merced á la misma paz de Augsburgo que los protestantes vencedores habían arrancado al hermano de Carlos V. El genio español era quien inspiraba y dirigía el movimiento, sólo que las armas no eran esta vez las de las viejas banderas de España, sino el entusiasmo religioso y la astucia mundana que caracterizan á la sociedad de Loyola. Expondremos en otra parte los progresos de esta lucha, mitad pacífica, mitad violenta; baste decir aquí que Felipe no tuvo ocasión de mezclarse en ella; la milicia de los jesuitas sirvió mejor á la causa del catolicismo que el rey de España con todo su poder.

(1) *Bulletin de l'Académie royale de Bruxelles*, t. XII, primera parte, p. 152 y siguientes.

La lucha entre las dos confesiones se decidía en otras partes sobre el campo de batalla. Apenas hubieron estallado en Francia las primeras perturbaciones, ofreció Felipe II su apoyo al rey, y en caso necesario á los católicos, á pesar del rey. Este auxilio espontáneo produjo en el papa un éxtasis de alegría, y dijo al embajador de España que una tan santa demostración era propia de un príncipe verdaderamente católico, y que bendecía mil veces á Su Majestad (1). La oferta no era, sin embargo, desinteresada; por católico que fuese, Felipe II no era el Don Quijote del catolicismo; tenía sangre de Fernando I en sus venas. El calvinismo comenzaba á agitar á los Países-Bajos; y si prevalecía en Francia, Bélgica estaba perdida para España. Así lo hizo reconocer el prudente Granvella al rey, su señor, y la corte de Madrid lo comprendió. "Siendo Francia luterana, escribe la reina Isabel á Catalina de Médicis, no estarían lejos de serlo Flándes y España." (2). Tan evidente era el interés de Felipe en sostener el catolicismo en Francia, que se puede decir que su causa se confundía con la de la Iglesia. No habian de tardar en dar una nueva dirección á la política española la extinción probable de la casa de Valois y el advenimiento de un Borbon hereje. No podía estar un calvinista á la cabeza de un reino cuyos destinos habian estado ligados durante toda la Edad Media á los de la Iglesia católica; y así se unieron contra Enrique IV todas las influencias del catolicismo. El papa lo excomulgó y lo declaró depuesto de su reino de Navarra é incapaz de poseer la corona de Francia. La fracción fanática del clero obedeció á la voz de Roma; una familia intrigante, apoyándose en estas malas pasiones, hizo alianza con Felipe II, y se vió á los Franceses olvidar sus odios nacionales para dar la mano á la ambición española.

Volveremos á ocuparnos más adelante en este extravío de los católicos ultramontanos; baste aquí decir que fué necesario un acto poco honroso y poco moral, la abjuración de Enrique IV, para aplacar el fanatismo y quitar todo pretexto á la intriga. Fracasaron los designios de Felipe, quien en vano intentó ejercer violencia sobre el papado para impedir su reconciliación con Enrique IV; el rey de

(1) GRANVELLE, *Papiers d'Etat*, t. VI, p. 400.

(2) GRANVELLE, *Papiers d'Etat*, t. VII, p. 33.—GALLAND, *Preuves*, p. 98.

Francia era victorioso, y la fuerza ha tenido siempre un gran prestigio á los ojos de los vicarios del Cristo, los cuales se consideraban bien dichosos al conservar el reino cristianísimo por el precio de una absolución. No era, sin embargo, ya este reino cristianísimo la Francia de San Luis. El santo rey no quería siquiera que se conversara con un hereje ó con un infiel; una lanzada le parecía el mejor argumento contra los que estaban fuera de la Iglesia. Enrique IV reconoció la existencia legal de la herejía, y en muchos respectos la elevó al nivel de la fe ortodoxa. La vieja religión misma habia cambiado mucho de naturaleza; no era ya el catolicismo romano, sino un catolicismo que tenia singular semejanza con un cisma; y así la Iglesia de Francia se llama galicana para marcar su independencia frente á Roma. Si la corona de Francia se escapó de las manos de Felipe, Francia misma se escapó del papado.

El golpe más sensible para el papado fué la pérdida de Inglaterra. Habíase visto á un rey de Inglaterra en la Edad Media hacerse vasallo de la santa sede, y al soberano usar y abusar de su feudo en provecho del catolicismo; y cuando Lutero se sublevó contra Roma, Enrique VIII, príncipe teólogo, tomó la pluma para combatir al monje sajón, y Roma lo decoró con el título de defensor de la fe. Mas no tardó la isla de los Bretones en proclamar su soberanía religiosa tanto como su independencia política; y la reforma inglesa, aunque en apariencia menos radical que la de Lutero y de Calvino, era más peligrosa para Roma y aun para el cristianismo, porque una vez reconocidas soberanas las naciones en el orden religioso, pueden marchar á nuevos destinos, bajo la inspiración de Dios. El anglicanismo tenía el poder de una ley; no sufría la resistencia, dominaba y aun oprimía al catolicismo como una rebeldía, mientras que en otras partes y en la patria misma de Lutero tenía que contentarse el protestantismo con un puesto bien modesto y disputado. Para vencer á la Reforma era preciso vencerla en Inglaterra. Hubo un momento en que se pudo creer que el medio por el cual se habia establecido se trocaría en su ruina: María la Sangrienta se unió á Felipe II, y el parlamento, dócil á la voz de sus reyes, restableció el catolicismo: era la primera victoria que Felipe II alcanzaba en provecho de la Iglesia, y se le glorificó en el concilio de Trento por este inmenso be-

neficio (1). Pero en el momento mismo en que el rey de España era celebrado como el restaurador de la ortodoxia, sacudía para siempre Inglaterra el yugo de Roma: Isabel llegó á ser para la Reforma lo que Felipe II era para el catolicismo.

La lucha entre el campeón de lo pasado y el de lo porvenir era inevitable; y si no estalló inmediatamente, fué porque de una parte guardaba Isabel una extrema prudencia en sus actos, y porque de otra tenían los intereses políticos en jaque el celo religioso de Felipe II, temeroso de que, al restablecer el catolicismo, entregara Inglaterra á Francia, donde reinaba á la sazón María Estuardo, heredera legítima de los dos reinos (2). La muerte de Francisco II le libró de estos temores; María Estuardo dejó de ser un instrumento de un partido poderoso en Francia, para convertirse en bandera del catolicismo y centro de las esperanzas y de las conjuraciones de los enemigos de Isabel. Ya hemos hablado de la trama urdida contra la reina de Inglaterra por Pío V con la complicidad de Felipe II: el rey de España puso mano en todas las intrigas, en todos los complots que amenazaron el trono y la vida de Isabel; pero las conspiraciones fracasaron y dieron razón al papado, que no cesaba de repetir que no habia más que una arma contra la herejía, la lucha abierta. No perdonaron los papas las excitaciones para mover á la guerra á Felipe II. Entonces fué cuando Isabel se decidió á ejercer sangrientas represalias contra la hostilidad permanente de la Europa católica. No vaciló ya Felipe II después de la ejecución de María Estuardo; consideróse como el sucesor legítimo de la desgraciada reina de Escocia, y se preparó, de acuerdo con el papa, á sostener sus derechos y á restablecer el catolicismo en Inglaterra. En otro lugar expondremos cómo el inmenso armamento que hacia temblar á Europa se estrelló contra el patriotismo inglés; baste consignar aquí que la destrucción de la Armada salvó á la Reforma, no sólo en Inglaterra, sino en los Países-Bajos y en Francia; porque, dueño de la Gran-Bretaña, habria Felipe II acabado infaliblemente con los hugonotes franceses y los insurrectos belgas. ¡Admiremos los designios de la Providencia! Los protestantes vieron la mano de Dios

(1) RAYNALDI, *Annales*, a. 1563, núm. 96.

(2) GRANVELLE, *Papiers d'Etat*, t. VI, p. 152.

en las tempestades que comenzaron la ruina de la flota española, y también se mostró en la asistencia que los oscuros insurrectos de los Países-Bajos prestaron á Inglaterra: sin los buques holandeses que bloquearon al duque de Parma, habría sido destruida la flota inglesa. Luchando contra la Reforma, luchaba Felipe II contra la Providencia; por eso sucumbió en todas partes.

Sucumbió en los Países-Bajos, sucumbió en Inglaterra, sucumbió en Francia. ¿Habrá que exclamar con los antiguos Galos: ¡ay de los vencidos! Se debe juzgar á los hombres, no por el resultado de sus esfuerzos, la victoria ó la derrota, sino por los sentimientos que los inspiran, por el fin que persiguen. Felipe II, hagan lo que quieran los fanáticos admiradores que tiene en medio del siglo XIX, no será jamás un héroe de la humanidad; más todavía que Carlos V, fué el ciego defensor del catolicismo, el representante de lo pasado en lucha con las tendencias de lo porvenir; pero si no es un ángel ni un santo, tampoco es el demonio que de él se ha querido hacer: campeón del catolicismo, obraba como obraban los campeones del protestantismo. Felipe mismo hace esta observación, respondiendo al rey de Dinamarca, que le había propuesto una pacificación fundada en la concesión de la libertad religiosa: "En todas partes, dice, siguen los príncipes como regla el no consentir otro culto que el que ellos mismos profesan, y estiman que la unidad de creencias es necesaria para el mantenimiento de la religión y para la conservación del Estado. ¿Por qué á mi no me sería esto permitido? ¿Por qué no he de tener yo el derecho de hacer por la verdadera fe lo que hacen los demás por sus falsas doctrinas?", (1). No era la reina Isabel más tolerante que Felipe; si la una es glorificada por la posteridad mientras el otro es maldecido, es porque la causa de la reina de Inglaterra se hizo la causa del libre pensamiento, mientras que la del rey de España se confundió con el despotismo de la Inquisición.

Empero, como defensor del catolicismo, merece Felipe II una gloria que sólo podrían disputarle mezquinas pasiones. Él fué vencido, pero también venció. Si no destruyó el protestantismo, contuvo á lo ménos sus progresos en los Países-Bajos y en Francia. ¿Se le imputará á crimen el haber

(1) STRADA, *de bello belgico*, t. II, p. 389.

obtenido ese resultado por la violencia? Este es el crimen del catolicismo, y en vano se le negará: la voz de los papas, esos vicarios infalibles de Dios, dice á todos los príncipes, durante la larga lucha de la Iglesia contra los herejes, que la guerra es el único medio de extirpar la herejía. Declarándose impotentes para vencer la Reforma con la libre discusión, proclamaron los papas la decadencia del cristianismo tradicional. ¿Qué importan las parciales ventajas que alcanzan contra los protestantes en el siglo XVI? En la esfera del pensamiento no son decisivas las victorias de la fuerza armada. Los enemigos de Roma tomaron la costumbre de apelar á un concilio universal; los vencidos en la lucha del catolicismo y el protestantismo pueden apelar á lo porvenir, á la humanidad, y esta apelación será escuchada tarde ó temprano.

SECCION 3.^a

FRANCIA.

§ I.—Misión de Francia en la lucha religiosa.

España tuvo una misión bien determinada en la lucha del catolicismo y la Reforma, y eso fué lo que constituyó su grandeza en el siglo XVI: tenía su bandera, la de la antigua fe, por la cual no ha cesado de combatir desde que existe. Bajo esta bandera concentra todas las fuerzas del catolicismo, las manda, y se puede decir que ejerce una especie de dominación universal sobre el mundo católico. Francia, en cambio, no se decide ni por la antigua religión, aunque se llama el reino cristianísimo, ni por la nueva confesión, aunque tiene el genio revolucionario. Enciende, es verdad, hogueras contra los novadores; mas al propio tiempo los sostiene en Alemania y en los Países-Bajos; uno de sus reyes se intitula protector de la libertad germánica, y esta libertad es la del protestantismo. Esa indecisión entre lo pasado y lo porvenir es lo que constituye la debilidad de la Francia en el siglo XVI: se desgarró en espantosas guerras civiles, y en un cierto momento parece que va á desaparecer para ser absorbida en la inmensa monarquía católica de Felipe II.

Extraña á primera vista el papel de Francia en la lucha que abre la era moderna; tan acostumbrados estamos á que tome la iniciativa del movi-

miento, que nos cuesta trabajo comprender que vacilára en el siglo XVI entre lo pasado y lo porvenir. Francia era, sin embargo, ya en aquella época una de las grandes potencias del mundo occidental: bajo Francisco I disputó la monarquía universal á la Casa de Austria; ¿habría bajado viva á la tumba con el rey caballero? No cabe duda que haya tenido una misión en la guerra de los dos principios que se disputaban el imperio de la cristiandad; pero es difícil comprenderla. Diríase que la incertidumbre de Francia se refleja en los historiadores, que sólo parecen de acuerdo para formular apasionadas censuras. Los católicos la acriminan de haber seguido una pérdida política, ortodoxa en apariencia y en realidad favorable á los novadores (1), y los libres pensadores no le perdonan que no se pusiera á la cabeza de la revolución (2). Creemos, por nuestra parte, que estas acusaciones no tienen en cuenta el genio francés ni el espíritu de la Reforma. Si Francia no tomó una actitud decisiva en la lucha del protestantismo y el catolicismo, fué porque, en el fondo, no era ni protestante ni católica.

La Reforma, inaugurada por Lutero, alemana hasta la médula de los huesos, es esencialmente germánica. Ahora bien, lo que caracteriza sobre todo á la raza alemana es el espíritu de diversidad; y así no fué en su origen otra cosa la Reforma que una insurrección contra Roma, contra la unidad católica. Francia no podía por esto mismo simpatizar con los reformadores, porque su genio es el de la unidad. Ya desde el siglo XVI tenía por divisa: "Un Dios, un rey, una religión" (3); y los reyes, órganos de la nacionalidad francesa, proclamaron como base de la monarquía esta máxima: "Así como por la Providencia divina no hay más que un sol y un solo rey en nuestro reino, tampoco debe, por análoga razón, haber en él más que una sola religión" (4). No se podía en este orden de ideas comprender la coexistencia de dos Iglesias en un Estado: "Es cosa monstruosa, imposible," dice el parlamento (5). "Si se la per-

(1) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (tomo XI, p. 304).

(2) MICHELET, *Histoire de France*, t. IX, p. 116.

(3) ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, I, 2, p. 172.

(4) Edicto de 1567 acerca de los funcionarios de la judicatura y su religión (*Mémoires de Condé*, t. I, p. 185).

(5) Representaciones del parlamento contra el edicto de tolerancia de Enero de 1561 (*Mémoires de Condé*, t. III, p. 51-53).

mite, dicen los jefes de la opinión católica, será una causa de disolución y de muerte," (1). La necesidad de la unidad religiosa llegaba hasta la pasión, hasta el furor en los hombres exaltados: "¿Quién no ve que la división es la muerte?", exclama el fogoso Boucher. Después lanza el predicador de la Liga una invectiva contra la dualidad, "que es el número de los animales inmundos, que significa los malvados, los corazones dobles: el que pide la división es el Apóstol del Antecristo," (2). Los hombres moderados (3), aquellos mismos que eran partidarios de la tolerancia y que no se espantaban de las nuevas ideas, convenían en esta violenta reprobación de la división religiosa. Nadie ha expuesto con más fuerza que *L'Hospital* los peligros que ofreció la Reforma para la unidad del Estado: es locura, dice, esperar paz, reposo y amistad entre personas que son de diversas religiones. Y no hay opinión que tanto penetre en el corazón de los hombres como la opinión de religión, ni que tanto separe á los unos de los otros... Nosotros lo experimentamos hoy: vemos que un Francés y un Inglés que son de una misma religión tienen más amistad entre sí que dos vecinos de una misma ciudad, súbditos de un mismo señor, que sean de diversas religiones; de tal manera, que la unión de religión supera á la que reconoce por causa la patria; y por el contrario, la división de religión es más grande y profunda que ninguna otra. Es lo que separa al padre del hijo, al hermano del hermano, al marido de la mujer, y lo que aparta al súbdito de prestar obediencia á su rey, y lo que engendra las rebeliones... Si, pues, la diversidad de religión separa y excinde las personas que están ligadas en tan próximos grados y con vínculos tan íntimos, ¿qué no hará entre los que no se toquen tan de cerca? La división de lenguas no hace la separación sino de reinos; pero la de la religión y de las leyes, de un reino hace dos. De ahí viene el viejo proverbio: *una fe, una ley, un rey*. Y es difícil que los hombres, en tal diversidad y contrariedad de opiniones, se puedan contener sin venir á las armas, porque la guerra,

(1) Petición presentada al rey por el triunvirato, 1562 (*Mémoires de Condé*, t. III, p. 389).

(2) *Sermons de la simulée conversion de Henri de Bourbon*, par J. BOUCHER, docteur en théologie, Paris, 1594 (*Sermon IX*, número 13).

(3) PASQUIER, *Lettres*, IV, 13.